



Deshumanización: más allá de la conducta y los procesos psicológicos

Harris, L y Fiske, S. (2006). Dehumanizing the lowest of the low. Neuroimaging responses to extreme out-groups. *Psychological Science*, 17, 847-853.

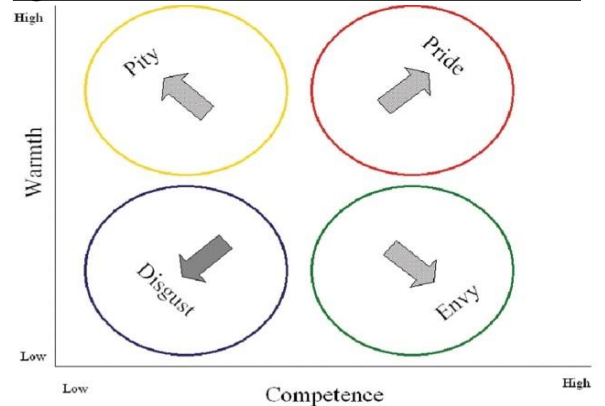
Rodríguez-Pérez, A. (2007). Nosotros somos humanos, los otros no. El estudio de la Deshumanización e Infrahumanización en Psicología. *Revista IPLA*, 1 (1), 28-39.

Recientemente, numerosas investigaciones están tratando de comprender bien los procesos involucrados en la inclinación a deshumanizar al otro. De hecho, estos estudios han mostrado que la consideración de que los otros no son humanos, o al menos no tan humanos como nuestro endogrupo, es un fenómeno tan común como el favoritismo endogrupal (Haslam, 2006; Leyens et al. 2000, Waytz, Gray, Epley y Wegner, 2010). En efecto, estas investigaciones han encontrado resultados convergentes sobre la tendencia que tienen las personas a reservar la plena humanidad para describir a su propio grupo en contraste con la tendencia a sustraer humanidad a los exogrupos. En los trabajos de Leyens y sus colaboradores, el criterio diferencial que se emplea para investigar la deshumanización es la atribución de sentimientos. Estos, en contraste con las emociones (propias de humanos y animales), son menos visibles, dan más información sobre la dimensión moral de las personas que las emociones, requieren más recursos cognitivos, son una respuesta a estímulos internos más que externos, se disipan más lentamente una vez que han surgido, aparecen más tardíamente en el desarrollo y están más vinculados a la idiosincrasia cultural. En las investigaciones de Haslam y colaboradores el criterio es la atribución de rasgos de naturaleza humana (HN) y rasgos únicamente humanos (UH). Los primeros incluirían aquellas cualidades propias de la naturaleza humana más allá de cualquier marco comparativo. Por ejemplo, se podría deshumanizar a un grupo privándole de alegría, de sociabilidad o curiosidad, características que son típicas del ser humano pero no exclusivas ya que las comparte con muchas especies animales. Los segundos se refieren a todas aquellas características que son exclusivamente humanas y no poseen otras especies. En cambio, los estudios de Waytz y colaboradores emplean la atribución de los rasgos de "agencia" que incluyen capacidades mentales como el pensamiento, el autocontrol y la comunicación como diagnósticos de la

distinción entre humanos y animales y la atribución de cualidades de "experiencia (v.gr. emoción, conciencia, personalidad) como criterio diagnóstico que distingue humanos de robots y objetos inanimados.

Hace unos años Harris y Fiske (2006), apoyándose en el Modelo del Contenido del Estereotipo (Fiske, Cuddy, Glick, & Xu, 2002) plantearon una investigación muy original. De acuerdo con esa teoría, existen dos dimensiones del estereotipo: la sociabilidad y la competencia. De la combinación de estas dos dimensiones surgen cuatro posibles perfiles estereotípicos que se aplicarían a todos los grupos. Además, la teoría establece que cada uno de esos cuatro perfiles propicia distintas reacciones emocionales en los perceptores: orgullo, envidia, pena o asco (Figura 1).

Figura 1

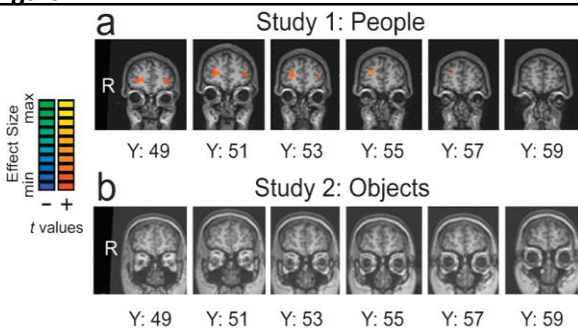


Según Harris y Fiske, si seguimos al pie de la letra esos supuestos, los exogrupos extremos, bajos en ambas dimensiones (drogadictos, gente sin hogar...), serían los que tendrían más probabilidades de ser deshumanizados.

Partiendo de esta hipótesis y del hecho de que el córtex prefrontal medial (CPFm) es una de las áreas cerebrales que se activan al percibir información social, Harris y Fiske (2006) realizaron un experimento en el que emplearon resonancias magnéticas funcionales (RMf) para determinar el grado de activación diferencial del CPFm ante imágenes de grupos correspondientes a los cuatro espacios sociales generados por el modelo.

En su investigación, llevaron a cabo dos estudios. En el estudio 1, les mostraron a los participantes 48 fotografías de ocho grupos sociales. Dentro del escáner, los participantes tenían que evaluar en qué medida esas imágenes les producían las cuatro emociones antes mencionadas (orgullo, envidia, pena y asco). En el estudio 2, en cambio, les enseñaron 8 imágenes de objetos, elegidos por producir orgullo, envidia, pena o asco. El procedimiento llevado a cabo en ambos estudios consistía en evaluar primero las imágenes dentro del escáner y luego fuera, con imágenes sobre papel. Tal como habían predicho los investigadores, el CPFm no se activó ante los objetos que producían asco. Pero, lo realmente sorprendente, es que este área tampoco se activó ante las imágenes de exogrupos extremos. Con estos grupos se activaron la ínsula y la amígdala, estructuras activadas también ante imágenes de retretes sucios y basura (Figura 2).

Figura 2



Estos resultados no se encontraron cuando participantes blancos, evaluaban fotografías de negros, por lo que la ausencia de

actividad en el córtex prefrontal medial no ocurre ante todos los exogrupos, sino solo ante aquellos percibidos bajos en sociabilidad y bajos en competencia (grupos marginales).

Esta investigación ha sido fundamental para mostrar que la deshumanización no es un proceso simple ni superficial, sino con bases profundas y robustas en la activación cerebral.

Roraima Yáñez Pérez